Libros del Asteroide

Seicho Matsumoto

Punto cero

Traducción de Marina Bornas

MAR
DE JAPÓN
Suzu
Wajima
PENÍNSULA
DE NOTO
BAHÍA
DE NANAO
Isla de
Notoro
Termas de
Wakura
Nanao
Takahama
BAHÍA
DE TOYAMA
Hakui
Takaoka
Toyama
Kanazawa
PREFECTURA
DE TOYAMA
Río Tedori
Tsurugi
Terai
Awazu
PREFECTURA
DE ISHIKAWA
Monte Haku
PREFECTURA
DE GIFU

1. Un marido

Teiko Itane se casó en otoño. Había conocido a su marido, Kenichi Uhara, a través de un casamentero. Ella tenía veintiséis años y él, diez más. La diferencia de edad no se consideraba inapropiada, pero a ojos de la sociedad él ya era demasiado mayor para casarse: «Un hombre soltero de treinta y seis años habrá tenido varias aventuras», observó la madre de Teiko con preocupación cuando él le pidió la mano.

Sus temores no eran del todo infundados, pues nadie osaría decir que un hombre podía alcanzar semejante edad sin haber tenido ninguna relación amorosa. Además, de haber afirmado que se había mantenido célibe toda la vida, Kenichi habría quedado no solo como un mentiroso sino también como un pusilánime.

De la misma forma lo veía Teiko, que llevaba tiempo trabajando en un entorno laboral predominantemente masculino y solía menospreciar a los hombres que jamás salían con mujeres, pues no consideraba que la castidad fuera una virtud sino más bien un síntoma de inmadurez, y no solo física, también profesional. Así pues, no le importaba que su marido hubiera tenido relaciones con

Libros del Asteroide

otras mujeres. No le pareció oportuno preguntarle directamente si había convivido con alguna de ellas, pero de haber sido así tampoco se lo reprocharía siempre y cuando la relación hubiera terminado por completo. En resumen: no le importaba lo que hubiera hecho él antes de conocerla mientras fuera agua pasada.

Cuando era más joven tenía una visión mucho más purista del matrimonio, naturalmente, pero ella también había tenido relaciones con hombres y se podría decir que la edad y la experiencia la habían ayudado a madurar y a rebajar las expectativas.

Sus compañeros de trabajo la consideraban atractiva: lo deducía a través de los comentarios socarrones de las demás mujeres y de los elogios más bien explícitos que recibía de los hombres. Resultaba sorprendente, pues, que nunca hubiera llegado a tener una relación seria. Cuando se acercaba el momento de dar un paso más le surgían dudas y se echaba atrás, a veces decepcionada por la falta de masculinidad de sus parejas y, otras, por culpa de su propia cobardía. Si le llegaba una oferta de matrimonio mientras estaba inmersa en una relación con otro hombre, la rechazaba porque creía estar enamorada. Pero cuando las ofertas le llegaban en un momento en que no había ningún hombre en su vida, tampoco las recibía con entusiasmo. Así pues, a pesar de que no le faltaban candidatos, por un motivo u otro el matrimonio no despertaba su interés.

Fue entonces cuando recibió la propuesta de Kenichi Uhara.

Kenichi era el director de la sucursal de la agencia de publicidad A de la región de Hokuriku. El casamentero, el

Libros del Asteroide

señor Saeki, era amigo del difunto padre de Teiko y conocía la agencia. Según él, se trataba de una de las más prestigiosas de Tokio, pero tanto Teiko como su madre desconocían por completo el mundo de la publicidad.

El señor Saeki les llevó un periódico y lo abrió delante de ellas:

—¿Lo ven? Este periódico contiene muchísimos anuncios. Los editores no pueden sobrevivir con lo poco que cobran de las suscripciones, así que dependen de los ingresos procedentes de la publicidad. Pero ellos no tratan directamente con los anunciantes, lo hacen a través de intermediarios, que son las agencias de publicidad —explicó—. En Japón, la más importante, a mucha distancia de las demás, es la agencia D, que no solo publica anuncios en periódicos y revistas, sino que también los emite en la radio y la televisión. Luego está la agencia A, especializada únicamente en la prensa escrita pero que, aun así, es una de las tres mejores del sector. Cuenta con unos trescientos empleados, incluido el personal de las sucursales regionales. El caso es que se trata de una empresa muy potente. El señor Uhara es actualmente el director de la sucursal de Hokuriku y está muy bien considerado dentro de la agencia.

Aunque no fuera una profesión fácil de entender para un profano —por lo menos no tan fácil como habría sido el trabajo de un vendedor de electrodomésticos o un fabricante de medicamentos—, ambas mujeres se hicieron una idea aproximada.

El señor Saeki siguió explicando que Kenichi se había visto obligado a dejar la universidad al estallar la segunda guerra mundial. Dos años después del final de la contienda regresó a Japón desde China y estuvo trabajando

Libros del Asteroide

en varios sitios distintos hasta incorporarse a la agencia de publicidad A, donde ya llevaba seis años.

El señor Saeki se deshacía en elogios:

—Llegar a director regional en tan solo seis años solo está al alcance de los más trabajadores. Las oficinas de la sucursal que dirige están en Kanazawa.

—Entonces —interrumpió la madre de Teiko—, ¿mi hija tendría que mudarse a Kanazawa si se casara con él?

—No, no sería necesario. Actualmente, el señor Uhara pasa diez días al mes en Tokio. La mayoría de las sucursales de la región de Hokuriku tienen sede en Tokio, por lo que sus responsables vienen a menudo a la capital para hacer negocios o estar en contacto con la central. Él mismo me dijo que, si tuviera que formar una familia, se mudaría a Tokio.

Pero la madre seguía inquieta.

—Aun así, pasaría veinte días fuera de casa todos los meses. ¿No es mucho tiempo?

—El caso es que pronto llevará dos años trabajando en Kanazawa y lo reclamarán desde la central. De hecho, sus jefes ya le han propuesto un par de veces que regrese a Tokio, pero en todas las ocasiones ha solicitado aplazar el traslado.

—¿Por qué motivo?

—Si me permiten hablar sin rodeos, la región de Hokuriku es una zona rural donde no hay anunciantes de renombre y el volumen de campañas es limitado. El señor Uhara tenía la esperanza de que los números de la sucursal mejorasen mientras él estuviera al frente. En fin, supongo que es propio de la naturaleza humana querer aportar un granito de arena en un proyecto, ¿no creen? De hecho, ha trabajado muy duro con ese objeti-

Libros del Asteroide

vo y ha conseguido una mejoría sustancial en cuanto a volumen de negocio —prosiguió el señor Saeki—. Dice que, la próxima vez que la central lo reclame, le gustaría aprovechar la oportunidad para casarse y establecerse definitivamente en Tokio. Así pues, aunque al principio estaría fuera más de la mitad del mes, solo sería de forma temporal.

El señor Saeki sonrió a Teiko, que lo escuchaba sentada al lado de su madre.

Como marcaba la tradición, el primer encuentro tuvo lugar en el teatro Kabuki. Comparado con el señor Saeki, que era más bien bajito, Kenichi Uhara era un hombre alto y bien proporcionado. Teiko creía que, al ser soltero, parecería más joven a pesar de su edad, pero era mayor de lo que había imaginado. Sus pómulos ligeramente elevados le daban un aspecto de madurez que, sin embargo, quedaba algo compensado con el juvenil tono moreno de su rostro.

Saltaba a la vista que no era un hombre alegre y vivaz: en su expresión tranquila había un matiz de gravedad, pero su rostro se iluminaba en ciertos momentos con un brillo fugaz parecido a la alegría. Teiko intuyó que tenía una personalidad compleja.

Mientras comían en un restaurante occidental, su madre comentó:

—Nunca he tenido ocasión de viajar a Kanazawa. Tiene que ser muy bonito.

—Es un lugar muy aburrido, a decir verdad —respondió Kenichi—. Uno tiene la sensación de que todo el año está oscuro y sombrío.

Aquella respuesta daba a entender que no vivía allí por placer sino por exigencias laborales. Mientras mo-

Libros del Asteroide

vía el tenedor y el cuchillo con la mirada clavada en el plato, su frente se arrugó y adoptó una expresión huraña, como si el riguroso clima de Hokuriku le hubiera endurecido el alma.

Teiko aceptó la oferta de matrimonio y dejó el trabajo.

La boda se celebró a mediados de noviembre.

Era el único momento en que la empresa de Kenichi le podía conceder una semana libre. Durante el banquete, un ejecutivo de la empresa, que también era jefe de ventas, pronunció un discurso de felicitación en honor a los recién casados:

—Uhara es un joven con un gran talento y una de nuestras mayores promesas. Muchos de ustedes pensarán que lo digo como un simple formalismo, pero les ruego que escuchen hasta el final. A fin de cuentas, soy su jefe: elogiarlo ante todo el mundo equivale prácticamente a garantizarle un aumento de sueldo. Señora Uhara, tenga usted la seguridad de que lo digo de corazón.

Los invitados sonrieron.

—Hablando de su flamante esposa: hoy la he visto por primera vez y no puedo menos que confesar, aun a riesgo de parecer grosero, que me he quedado prendado de su inteligencia y hermosura. No sé cuántas veces se sintió tentado Uhara antes de cumplir los treinta y seis, e ignoro si sucumbió a esas tentaciones, pero ahora entiendo por qué ha esperado pacientemente a que llegara este día. Como saben, nuestra profesión consiste en persuadir a los anunciantes para que publiquen sus anuncios en periódicos o revistas. Es un trabajo que requiere mucha paciencia, y estoy secretamente orgulloso de que Uha-

Libros del Asteroide

ra haya sido paciente durante tanto tiempo hasta tener la oportunidad de contraer matrimonio con una mujer tan hermosa, pues no puedo evitar pensar que la paciencia es una virtud que ha aprendido en nuestra empresa.

Los invitados volvieron a reír. Teiko escuchaba respetuosamente con la cabeza gacha. Entonces le parecieron las típicas palabras de alguien acostumbrado a pronunciar discursos de felicitación en las bodas, pero más tarde regresarían a su memoria con un significado completamente distinto.

Los padres de Kenichi habían fallecido y solo le quedaba su hermano mayor, que vivía en el barrio de Aoyama con su esposa y sus dos hijos. Su hermano no se parecía a él en absoluto. Era jefe de sección en una empresa comercial, bebía más de la cuenta y su complexión rolliza y su cara redondeada le daban un aspecto infantil. Su mujer era delgada y tenía las cejas ligeramente arqueadas y los pómulos altos, por lo que a menudo la tomaban a ella por la hermana de Kenichi.

Kenichi había vivido hasta entonces en Aoyama, en casa de su hermano y su cuñada, pero cuando se comprometió con Teiko alquiló un piso nuevo en Shibuya. Estaba situado en una colina y tenía vistas a la ciudad, que se extendía a sus pies como un mar brillante. El paisaje nocturno era especialmente hermoso cuando la ciudad estaba iluminada.

Como pasó muy poco tiempo entre la proposición de matrimonio y la boda, los novios ni siquiera tuvieron ocasión de dar un paseo a solas. Además, él estuvo la mayor parte del tiempo en Kanazawa. Ella no anhelaba tener un noviazgo al uso antes de casarse, y su prometido tampoco se mostró particularmente in-

Libros del Asteroide

teresado en conocerla mejor. Teiko se daba por satisfecha con las citas formales que habían tenido antes del compromiso.

Eso no significaba que se hubiera enamorado a primera vista; en realidad, estaba lejos de sentir algo parecido al amor porque ignoraba demasiadas cosas de su futuro marido. Solo sabía a qué se dedicaba, dónde trabajaba y que vivía en casa de su hermano, aunque esa información le bastaba para hacerse una idea acerca de Kenichi Uhara. Además, ¿acaso no era así en la mayoría de los matrimonios? Solo conocías vagamente a la persona con quien te casabas. Lo desconocido podía inspirar temor y, al mismo tiempo, ejercer una gran fascinación en las mujeres. Luego, tras el matrimonio, las partes desconocidas se iban revelando, el miedo desaparecía y la fascinación se transformaba en cotidianidad. Al menos eso pensaba Teiko.

Quizá por eso manifestó el deseo de pasar la luna de miel en Hokuriku, porque albergaba la secreta esperanza de conocer cuanto antes una de las facetas de su futuro marido. Ahora, cuando pensaba en Hokuriku, ya no imaginaba solo sus legendarios cielos encapotados y el embravecido mar de Japón; era consciente de que él vivía y trabajaba en aquellas tierras y sentía la necesidad de visitarlas.

Sin embargo, el señor Saeki, el casamentero, le comunicó que Kenichi prefería viajar a Atami o a Hakone, incluso a un territorio más lejano, como Kansai.

—Dice que no le apetece pasar la luna de miel en Hokuriku, supongo que es una región que conoce demasiado bien. Prefiere un destino más cálido para una ocasión tan especial.

Al oír eso, ella no pudo evitar recordar la hosquedad que había visto en la mirada de su prometido y que le había parecido un reflejo de los paisajes del norte. Aun así, respondió que no quería ir a Hakone ni a Kansai, y propuso viajar a la provincia de Shinshu, visitar el valle de Kiso y hacer una breve parada en Nagoya de vuelta a Tokio para disfrutar de sus exuberantes paisajes otoñales.

Superado ese pequeño desacuerdo y celebrada la ceremonia, subieron en el tren que partía de la estación de Shinjuku.

No llegaron a Kofu hasta bien entrada la noche. Cuando bajaron del tren, el gerente del ryokan donde tenían la reserva fue a su encuentro con un farolillo de papel y los acompañó hasta el coche que los esperaba. En cuanto los recién casados hubieron subido, el hombre cerró la portezuela con una reverencia. Teiko se sintió como si aquel hombre la hubiera empujado hacia una encrucijada.

El hotel tradicional se encontraba en el barrio de Yumura. Una empleada los acompañó hasta una habitación que de día ofrecía unas espléndidas vistas al monte Fuji, pero a aquellas horas de la noche solo se veían el césped y las piedras del amplio jardín ornamental de enfrente.

En cuanto se quedaron solos, Kenichi se acercó a ella y por primera vez la tomó entre sus brazos y la besó. Aquel hombre, que hasta entonces había permanecido terriblemente tranquilo y reservado, actuaba ahora con la fogosidad de un adolescente.

—La empleada no tardará en volver —dijo ella intentando rehuir aquellos labios que se negaban a despegarse de los suyos. Cuando la muchacha volvió a entrar para decirles que el baño estaba preparado, Kenichi se diri-

Libros del Asteroide

gió al sofá junto a la ventana tratando de controlar su agitada respiración.

Teiko insistió en que se bañaran por separado.

—¿Por qué? —preguntó él con un deje de inquietud.

—Solo en esta ocasión —respondió ella en voz baja, consciente de que la empleada los estaba esperando al otro lado de la fina puerta corredera de papel y podía oír la conversación. Teiko sabía que tenía unos ojos hermosos y había aprendido a sacar partido de aquella virtud lanzando sugerentes miradas con la cabeza gacha.

Más tarde pusieron música en el vestíbulo del ryokan. A él no le apetecía mucho bailar, pero ella lo convenció para que fueran juntos. Un grupo de jóvenes de veintitantos años bailaban al ritmo de una canción trepidante. Parecían empleados de alguna empresa.

Teiko se arrimó a la pared y estuvo un rato mirando, hasta que al final le dirigió una sonrisa a su marido y le dijo:

—¿Quieres bailar?

Kenichi bailaba mejor de lo que ella había imaginado. Mientras bailaban juntos una canción tras otra, se dio cuenta de que estaba disfrutando del momento y los ojos se le llenaron de lágrimas de felicidad.

A la mañana siguiente, después de desayunar, fueron en coche a la garganta de Shosenkyo. Debido al gran número de gente que había ido a admirar los paisajes otoñales apenas podían avanzar por la estrecha carretera.

Kenichi estaba exactamente igual que el día anterior. Su rostro sereno transmitía la madurez propia de un hombre de treinta y seis años, y sus gestos eran reposa-

Libros del Asteroide